

sonancia con su condición, desde la juguetona cabra, que detenía sus saltos en cuanto le arrojaban una piedra como aviso, hasta el asnillo, que ofrecía su lomo dócil al pesado cargamento. Así Abel no se cansaba de aconsejar á Caín que redujese sus ambiciones al campo ya conquistado por su esfuerzo y que concentrase su inquieta y febril actividad en el cultivo de las campiñas desbrozadas por sus esfuerzos gigantescos. Nada, en efecto, tan hermoso como abrir las entrañas de nuestra madre tierra, depositar en ellas el grano, sentir la lluvia que cae para fecundarlo, ver cómo el tallo nace y va creciendo, contemplar las espigas que brotan hinchadas de savia, y luégo recoger la cosecha, conducirla en el resistente lomo de los bueyes al hogar, y atrojarla para sustento y beneficio de todos. Esta grande contradicción entre uno y otro hermano debía traer, por inevitable consecuencia, la guerra, y la guerra feroz entre ambos. Hallábase tal resultado en las leyes generales de las cosas y no podía marrar.

En efecto, Caín se gozaba en decir que había detenido con sus brazos la tierra vegetal arrastrada por las inundaciones á los ríos y luchado con las especies carnívoras, ó bien para ponerlas muy lejos de su caverna, ó bien para sujetarlas al yugo. Él había encendido los bosques y acabado con las aves

cruces y con los reptiles de áspid venenoso. Y cuando, tras todos estos trabajos, había ido anhelante al ara de los sacrificios á dejar la corona de espigas que arrancara con sus brazos del campo, veíala consumida por el rayo y despreciada por los genios superiores allá en el aire ó en el cielo, mientras el humo de los corderillos asados al fuego por Abel se perdía en las ondulaciones del aire, resultando más propicio y más grato á los ojos del Eterno. Como Caín le contase todo esto á su hermano Abel, decíale con razón éste que no podía el cielo aceptar dones á los cuales presidían y rodeaban pensamientos de muerte. Todo es aquí muerte, Caín respondía. El árbol vive de la tierra y del agua que consume, vive del árbol el insecto, del insecto el reptil, y cada sér vive de la muerte de los demás seres, cuyos restos esparce por la tierra. Todo se gasta, la catarata desgasta la peña, la tierra embebe de suyo el agua, la nube viene cargada de rayos, el volcán hace estallar los montes, el fuego se trueca en humo y se disipa; todo aquí es muerte, todo aquí destrucción y ruina. Por consecuencia, en su ferocidad Caín se preguntaba si el hombre iba también á morir, y si el hombre también estaba sujeto á la destrucción implacable con tanto imperio reinante sobre todos los seres y sobre todas las cosas. Y había razón para inducir que los primeros hom-

bres ignorasen la muerte, si recordamos á cuántas ilusiones halagüeñas nos lleva como de la mano siempre nuestra natural soberbia, y cuántos dolores sufrimos en los combates eternos y en los esfuerzos dolorosos de nuestra vida por sobra de confianza en las propias fuerzas. Así no es mucho que infundiese á su hijo Abel Eva misma la idea venturosa de que la humana especie no podía morir y Abel comunicase también á su hermano esta idea.

Detenido Caín á tal confianza y perplejo preguntábase allá en lo interior de su pensamiento estas ó parecidas interrogaciones ¿Morirá el hombre también? ¿La muerte no se amedrentará de suyo al ver la luz de sus ojos, la hermosura de su cabeza, el resplandor interior que se trasluce con brillo en su rostro? Quien doma el toro, desgaja el árbol, tuerce la corriente, abre los surcos ¿ha de caer destrozado sobre la tierra que trabaja? ¿Pero no crezco yo cual crece ese árbol? ¿No ha envejecido mi padre? Y esa vejez tan larga ¿no ha de tener un límite? Pero si todo muere, si todo desaparece ¿yo estaré siempre aquí, siempre en esta tierra, viendo pasar los seres y las cosas en perpetuo movimiento como pasa ese río? Yo probaré si el hombre muere. Siendo tan cruel y tan combatiente como las reconvenções de mi hermano me dicen, yo he presentado una ofrenda llena de vida, la flor del campo, la próspera espiga, y

el cielo acaba de aceptar un sacrificio como el de Abel, que era un sacrificio de muerte. Hale agradao ver cómo la carne fresca se consumía en la hoguera, cómo la sangre se desvanecía en humo y los huesos se pulverizaban en tenues cenizas. Luego le es grato al cielo un sacrificio sobre el cual extienda sus negras alas con todo su horror la muerte. Yo le satisfaré, yo buscaré una víctima predilecta y hermosa que, al exhalar el último suspiro en el ara encendida, se lleve todo el dolor de la tierra. Ya que un apacible corderillo de ojos serenos y dulce mirar, de blanco vellón, un corderillo puro, inocente, ha satisfecho al cielo, más le satisfará el sacrificio de otro corderillo superior; más le satisfará que yo mismo le ofrezca en holocausto el buen Abel. Así, su virtud sencilla, sus dulces palabras, no contrastarán con la ferocidad indomable de mi sér, con el eterno fragor de mis pasiones aguijoneadas por un odio invencible á todo cuanto existe. Y cuando se apaguen sus ojos, cuando el dolor sacuda todos sus miembros, cuando la lívida muerte ponga el amarillo reflejo por todas sus carnes, yo le probaré que el hombre no puede burlarse de la universal destrucción y del odio, que todo lo domina. Clavaré mi aguda cuchilla en su garganta y me apercibiré á ver la última luz de la existencia en sus ojos, á mancharme con su sangre, á recoger su postrer suspiro, á mirar los estremeci-

mientos de su cuerpo, que serán semejantes á los estremecimientos de la fiera herida por mi flecha, y así no podré ofrecer un sacrificio que sea más grande, ni más sublime, ni más digno de ese cielo que, según veo, debe sentir allá en su eternidad sed y sed anhelante de sangre.

La enemiga entre Caín y Abel tomaba las grandes proporciones de una guerra gigantesca entre dos clases sociales, que había de llenar por mucho tiempo el mundo con sus fragores y había de mancharlo con su sangre. Así ninguna fuerza humana podía impedir que la fatalidad se cumpliera, y ejerciendo el mal su acción devastadora sobre aquellos tiempos y aquellos hombres primitivos, comenzase la guerra, cuyas consecuencias y resultados vemos ahora mismo entre las naciones más cultas, después de haberse purificado tanto los aires del planeta y los senos del espíritu. Caín experimentaba contra su propio hermano los instintos carniceros que las especies crueles contra sus eternas contrarias, sus enemigas, sus presas, sus víctimas. El odio ciego, y, en tal ceguera, parecía cosa natural arrastrarlo hasta las aras del sacrificio, y en ellas desposeerlo de su vida, evaporándola, como la humareda del holocausto, en los giros del aire. La flecha que había empleado en los aires del cielo y en los brutos del campo, las hachas con que había

valientemente abatido los árboles altísimos de las selvas por el suelo, todos los instrumentos de su combate le provocaban á probarlos en el hombre, para ver si hasta el hombre podía llegar la muerte con su imperio, aquella muerte que había sembrado tantos cadáveres en su camino y auxiliádole con tanta fuerza en el empeño de someter y sojuzgar á la naturaleza. Así deseaba hundirla en el vientre de su odiado rival, que debiera ser su hermano querido, y calentarse los piés en su encendida sangre y en sus humeantes entrañas. Creíase, pues, ministro de la muerte. Y en su creencia deseaba llevarla con crueldad hasta el hombre, para que resultase siervo también del genio de la destrucción, que seca las hojas, abrasa los bosques, devora los animales, disipa las aguas, oscurece los cielos, apaga los soles. Abel advirtió, por la feroz expresión que ponía el rostro de Caín á la hora de su atentado, cuanto meditaba, y se preparó, no á luchar, á reconvenirle, redarguyéndole de su ceguera y de su ingratitud para preservar su propia existencia de aquellas asechanzas y evitar al asesino un crimen, un remordimiento, un castigo. En la vida casi común con la vida de sus ovejas que traía el pobre Abel, había acostumbrado y conformado con la resignación de tan pacientes animales. Así, al pedir su vida, pedíala como pudiera el cordero

interceder por sí mismo y para sí mismo con el sacrificador. Tanta mansedumbre, lejos de aplacar, irritaba el ánimo iracundo y feroz de Caín. Así es que, tomando el arma de aquellos tiempos, la gruesa y cortante quijada de bestia, que le servía en sus combates con tantos seres como le declaraban la guerra, dió contra el pobre Abel y lo derribó por el suelo, hasta dejarlo muerto de un golpe. A la vista del cadáver, Caín sólo pensó en que, así como los demás animales, el hombre también rendía vasallaje á la muerte. Su sangre fluía del cuerpo como la sangre de los leones vencidos. Ansias le sacudían, como el viento al árbol, y estertores horribles le atravesaban con sus escalofríos todos los miembros. Sus ojos se quedaban apagados, su pecho extinto. Caín había sabido lo que deseaba saber: cómo la muerte impera en la especie humana cual en las especies inferiores.

Pero á quien realmente mató Caín fué á Eva, su madre. Castigándola Dios con tantas penas, había-le dado una superior compensación, la maternidad. Y esta maternidad se concentraba en Abel principalmente, á quien su condición de pastor le permitía volver todas las noches á su caverna y habitar juntamente con los seres de quienes dependía su existencia. La cuna de ramas y hojas donde le había depositado al nacer, parecía un paraíso nueva-

mente abierto á su inocencia. Cada hijo nuevo la llevaba con su nacimiento como un alma nueva. El éxtasis que le comunicaba sér tan querido, sobrepóníase naturalmente al primer éxtasis experimentado en la hora de recibir el calor de la vida en su seno y el soplo de la creación en su rostro. Aquella respiración la daba fuerza indudable á su pecho é impelía con latidos regocijantes su corazón. La felicidad primitiva se había olvidado en esta felicidad de la familia cómo la culpa se había redimido por el cuidado de los pequeñuelos. Cuando contemplaba la pura frente que le resumía el cielo, sus ojos entornados, los cuales dejaban entrever tras los párpados el regocijo de sus azules pupilas más alegres que un lago del edén; sus mejillas sonrosadas más fragantes que las flores por el alba; la sonrisa que vagaba en sus labios y la palpitación que sacudía su pecho, quedábase arrobada en arrobamiento indecible. El tiempo se trocaba en eternidad, porque diríase que ni el tiempo andaba en aquellos embobamientos de la madre absorta. Los ojuelos aquellos la daban toda su luz, más indispensable á la vida de aquella mujer que la misma luz del sol. Y si de niño pudo inspirarla tales tiernos sentimientos, de joven la dió una confianza ciega en vencer todo mal, soterrándolo con el auxilio de aquellas fuerzas á su imperio sometidas como las fuerzas del mundo

á Dios. Así todas las mañanas corría en busca de su hijo predilecto para decirle algunas palabras de cariño en el oído y estrecharlo con efusión. Lo mismo sucedió la mañana de su muerte. Pero cuando se acerca le ve tendido y exánime. Al pronto le cree dormido y confunde su muerte con el sueño. Mas luego le nota inmóvil y frío. En efecto, no respira. No se mueve su corazón, ni brillan sus ojos, ni laten sus sienas. El primer impulso de la mísera Eva fué gritar para despertarle. Y gritó, pero al grito contestó el silencio, cuando antes, para despertarse y hablar, necesitaba tan sólo un suspiro. En su porfía, no creyéndole muerto, trató de levantarlo. ¡Trabajo inútil! Su cuerpo parecía de piedra. La pobre madre no podía comprender cómo, teniendo vida ella, no tuviera vida su hijo. Con sus manos crispadas le abría los ojos para que despidiesen luz, y con sus labios trémulos le besaba en la boca para que recibiera y aspirara un aliento nuevo. ¿Qué fiera le habrá herido?, se preguntaba con horror á sí misma. Será más traidora, decía, que la serpiente, más feroz que el león, más cruel que el tigre, más exterminadora que todas las especies carniceras por haberse atrevido á herir el corazón de una madre. ¿Sería posible que no volviese á verlo? ¿Posible que no escuchara nuevamente su voz? Entonces comparaba las noches aquellas en que le veía dormir

sobre su cuna, el pecho tranquilo en su respiración, la vida transparentándose con el sonrosado de sus mejillas al rostro sereno, comparaba esta felicidad con la rigidez terrible de ahora, con sus miembros inertes, con sus labios helados, con sus ojos extintos. Y porfiando, como porfía la esperanza en el humano corazón siempre, creía poder devolverle de nuevo la vida que le diera en otro tiempo. No tenía más que transfundir su propio sér al sér aquel. Mas ¿cómo? Las miradas, los suspiros, los abrazos, los besos, estrellábanse á una en aquella inercia, en aquella frialdad y en aquella mudez del yerto cadáver. Abel no tenía más remedio que pudrirse como la fruta del árbol caída, ó descomponerse como los cadáveres de los animales muertos en la terrible lucha universal. Eva lo debió comprender así, debió comprender que la fatalidad imperaba también sobre su hijo y la muerte se lo había llevado á sus dominios. Bandadas de cuervos descendían del aire para clavar sus picos en aquel frío seno, y manadas de chacales husmeaban sus ya podridas carnes. Eva secaba las heridas con su cabellera, las cubría con sus besos, las lavaba con sus lágrimas. El hedor de aquel cuerpo descompuesto parecía más grato que todos los aromas despedidos por las flores de Mayo. Pues convencida por completo de que Abel había muerto, á toda costa

quería morir con él y aspiraba los ponzoñosos vapores que pudieran procurarle compasivos la muerte.

Y, en efecto, murió Eva víctima del dolor, despojo del mal. Adán, viendo aquellos cadáveres, maldijo al homicida que los inmolará. En su dolor, todos los tormentos le parecían pocos, pues hubiera hecho del universo mundo un verdadero túmulo para encerrar aquellas dos prendas de su alma, y les hubiera puesto á los piés el implacable sér que acabara con ellas, atormentándolo en martirios continuos. ¡Que cada uno de sus átomos, exclamaba, se convierta en cenizas encendidas siempre, desprendiéndose de sus carnes; que arroyos de sangre venenosa manen sus ojos; que la corriente de un río de lava lo arrastre con la impetuosidad terrible del huracán; que cuando quiera reposar, encuentre un lecho de agudas espinas, dispuestas para trasladarle de parte á parte los huesos; que un león le desgarré las espaldas eternamente y un tigre clave eternamente sus uñas en su despiadado vientre; que se le sequen las lágrimas, y, si cae alguna sobre la tierra, que engendre serpientes destinadas á herirle con sus colas en la cabeza; que si tiene hambre, cada hilo de su paladar se convierta en una víbora, y si tiene sed, todos los arroyos, todos los torrentes sean hiel, y si tiene hijos, que lo detesten hasta maldecirlo, y si envía sus sollozos, sus

gemidos, sus lamentos al cielo, que le conteste la carcajada de Satanás desde el antro de los infiernos! Adán había maldecido á su hijo. La sentencia de Dios acababa de cumplirse con todos sus horrores.

Caín pasaba por el mundo como un relámpago de cólera. Pálido, trémulo, desgredado el cabello, torva la faz, hundidos los sanguinolentos ojos, abiertos los labios como para proferir maldiciones, ostentando desnudos los brazos y las piernas, envuelto el amarotado cuerpo en sucias pieles de tigre, roto el arco en sus espaldas, Caín es la imagen del crimen, quejándose de que el cielo está envuelto en una inmensa empolvada telaraña, y los astros se vuelven asquerosos insectos, y las piedras del camino carbones ardientes, y el aire inmensa nube de fuego, y las hojas de los vegetales dragones que abren contra él sus fauces, y los troncos gruesas serpientes que le hieren con sus áspides, y las aguas hiel y abisintio, y el sudor de su rostro sangre, y sangre sus lágrimas, y sangre sus huellas, y sangre todo cuanto ve, y sangre coagulada cuanto sus manos tocan. Si anda, proyecta una inmensa sombra en los cielos todos, la sombra de su remordimiento. La naturaleza no le deja reposar. Si rendido al cansancio entra en una caverna, el viento, que mueve las peñas, le dice: «fuera.» Si destrozado, se abraza,

como un náufrago, al tronco de un árbol, dícenle á una sus hojas: «lejos.» Si desesperado quiere posar la frente sobre una piedra, los átomos exclaman pulverizándose: «anda.» Si fuera de sí pide á una fiera su muerte, su aullido le contesta: «padece.» Si, en su aflicción, aplica el oído á la tierra para buscar tranquila sepultura, la tierra se ríe de él con la carcajada de sus terremotos, diciéndole: «vive.» Si alza los ojos al cielo, sólo ve allá en la inmensidad un torvo relámpago, de cuyo seno sale tonante la voz de Dios, que le interroga y le dice: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» Entonces sus cabellos se erizan, sus miembros se contraen, su boca se abre para exhalar todo el fuego que arde en su pecho, sus ojos chispean odio, sus manos crispadas clavan las uñas en el rostro, la sombra de Abel herido se aparece á su vista y la sangre derramada se queja con un largo lamento que el aire estrella en sus oídos y que le impulsa á correr huyendo de sí mismo y precipitando en su carrera peñascos, plantas, como una inmensa tromba que se esconde en el oscuro seno de los bosques; pero sin poder esconderse, ni á la mirada de Dios, ni al quejido del remordimiento.

Todas estas personificaciones históricas de los tiempos y de los personajes primitivos concluyen por tomar tales metamorfosis en su paso de mente

á mente y de labio á labio, que muchas veces cuesta trabajo volver á su primera figura tal como era en los comienzos de su primera aparición. Hay cuatro ríos de ideas determinados por la Biblia: el judío primeramente, originado en Jerusalén; el heleno-judío, originado en Alejandría; el católico, en Roma y en Constantinopla originado; el árabe ó ismaelita, originado en la Meca. Para el judaismo y para el cristianismo Eva guarda su faz propia y la faz del espíritu tradicional que debe representar según las creencias nuestras. Pero se altera en el judeohelenismo, y, sobre todo, se altera en la doctrina mahometana. Los alejandrinos tendieron siempre á idealizar los seres y las cosas. Para ellos tomaban los personajes históricos más célebres una especie de carácter prototípico que los ponía en templo abierto al culto de un sacerdocio, el cual se distinguía por llevar sobre su cabeza, como los reyes magos de la tradición evangélica, estrella muy luminosa, la estrella de su ciencia, un tanto teúrgica. De tal suerte, los personajes históricos toman cierta fría impersonalidad, semejándose la vida suya en todo á esos dramas donde hablan, ó las pasiones ó los pensamientos, más á seres ideales que á vivos. Así Adán y Eva parecen, según sus interpretaciones arbitrarias, no tanto un hombre y una mujer históricos, cuanto una denominación que llevan cierto

sistema y orden de creencias relativas al origen de la humanidad y al origen del mal en la humanidad también. Pero donde la figura de nuestra primera madre más cambia y se altera es en el mahometismo, que recibe algo de las tradiciones egipcias y caldeas, mucho de la Biblia, muchísimo del Evangelio, hasta componer tal doctrina un sincretismo confuso entre todas las que al paso halla, en aquel espacio de Arabia, encrucijada, no tanto geográfica y material, como intelectual y moral, de los tres viejos continentes. Las revoluciones judías, la resistencia constante del pueblo macabeo á sus dominadores, sin contar con las caravanas mercantiles, habían lanzado mucho hebreo sobre la península de Arabia, y estos hebreos habían dejado muchas tradiciones desparramadas por aquellos espacios. Luégo las luchas teológicas de los griegos solían librarse á guerras civiles, y las guerras civiles concluirse por proscripciones múltiples, y estas proscripciones múltiples por desaguar en los valles y hasta en los desiertos de Arabia. Por consecuencia, Mahoma juntaba las ideas propias de aquella raza y de aquel suelo con las ideas adventicias de los emigrados varios, componiendo una doctrina muy en consonancia con su gente y con su país, como cumple á un revelador de tiempos primitivos, destinado por el cielo á guía y maestro de una grande nación.

Los personajes bíblicos y evangélicos revisten extraño aspecto en el Corán, prueba de que los ha tomado en tradiciones orales y no en textos escritos. Abraham y los más célebres patriarcas, el Bautista y Jesús, la Virgen María, entran en lo que podíamos llamar el santoral de la religión mahometana; pero entran todos alterados y con una fisonomía muy extraña. No debe maravillarnos, pues, que también Eva y Adán hayan obedecido á esta ley general de las tramutaciones mahometanas. El hijo suyo, en vez de llamarse Caín, llámase Haret. Este nombre de Haret quiere decir tanto como siervo, y mientras unos creen que su dependencia se refiere al padre por quien ha sido engendrado, creen otros que se refiere al mismo Satanás en persona. Cuentan estas tradiciones ismaelitas, á su vez, y por su parte, la residencia de Adán y Eva en el Paraíso. Pero cuentan que la tentación célebre sucedió estando ya Eva en cinta de su primer criatura. Viéndola el diablo en estado semejante, la dirigió ciertas peligrosas preguntas. Y como Eva no respondiera, condenóla el enemigo común á no parir. Apurada la pobre madre, y no menos apurado Adán, ofrecieron su hijo al diablo, y aceptando éste la oferta, constituyó su esclavo al primer nacido, entrando así el mal con todas sus consecuencias en nuestro misérrimo linaje. Mas no paran aquí las alteracio-